

analizar lugares públicos, como las estaciones de trenes o los mercados negros, esos espacios tienen un lugar menor en el relato, si es que se asoman alguna vez. Por el contrario, el único espacio público que aflora, la Plaza Roja, es un espacio oficial en donde los ciudadanos solo aparecen para ejecutar los rituales estatales. Casi no hay voces de la gente *común*, ya que las fuentes principales, a pesar de la pluralidad y originalidad de algunas de ellas, son en su mayoría diarios, eventos públicos y otros productos culturales de la elite. Por otra parte, llama la atención que no se le diera más lugar al espacio *utópico* por excelencia que fuera construido por esos años: el Metro de Moscú. A la par de los rascacielos, fue uno de los elementos que marcó tanto el ritmo de la modernización como el del sueño comunista. Finalmente, la descripción de los acontecimientos no viene acompañada de una argumentación que les otorgue una explicación de sentido. Si bien el autor explícitamente rechaza tal objetivo en el prólogo, creemos que la incorporación de un esbozo de explicación global hubiera colaborado en una mejor comprensión de los eventos allí narrados. Estas ausencias, sin embargo, no eclipsan los enormes logros de una titánica empresa como es **Terror y Utopía**.

Para finalizar, volvemos al principio. En la brillante elección del título, Schlögel no solo expresa en un lugar de privilegio la decisión metodológica de circunscribir los resultados de la investigación al ámbito territorial de las fuentes analizadas sino que también pone de manifiesto el peso relativo que esa ciudad y ese año tuvieron —y tienen aún— dentro de la historia y la cultura rusas. Es muy común la utilización del par binario Moscú/San Petersburgo para explicar conductas o cambios políticos y culturales. Moscú es, dentro de esa construcción, el espacio de lo tradicional, lo religioso y lo auténtico, es decir, la Rusia profunda. San Petersburgo, por el contrario, es el lugar de lo moderno, lo secular y lo artificial, vale decir, Europa. En su libro Schlögel opera un cambio de sentido interesante: trasporta los valores tradicional-

mente asociados a la capital imperial hacia Moscú e invierte la ecuación, poniendo en cuestión no solo la efectividad de esa construcción sino también los mitos asociados a ella. Respecto del año, la elección es también un acierto. Los ciudadanos soviéticos no solían utilizar la frase *gran terror* para hacer referencia a los peores años estalinistas. Preferían decir 1937 e incluso algunos optaban por el más lacónico '37. Pero todavía hoy ese año funciona como palabra clave para hacer referencia a las catástrofes del estalinismo, sus métodos y sus efectos. Para comprobarlo, solo basta pararse en un momento de impacto internacional: la detención de los integrantes de Pussy Riot que invadieron el partido final del Mundial de fútbol de 2018 jugado en la capital. Todavía en el estadio Luzhnikí, esperando su traslado, uno de los guardias lanzó sobre las detenidas una frase demoledora: "a veces deseo estar en el año '37". Su significado pasó desapercibido para casi todo el mundo, pero ese breve episodio puso de manifiesto hasta dónde el Moscú de 1937 fue, y sigue siendo, un parteaguas para la sociedad rusa.

Martín Baña  
UBA/UNSAM/CONICET

---

A propósito de Ezequiel Adamovsky, **El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, 267 pp.

Desde muy temprano, la figura del gaucho parece haber fascinado a generaciones de argentinos: de todos los personajes de la pampa fue el gaucho quien se convirtió rápidamente en una referencia ineludible de la cultura nacional. Testimonio de esto es la ubicuidad que parece tener en distintas manifestaciones culturales tanto plebeyas como letradas; lo encontramos en las artes plásticas, en la música, en las artes escénicas y en la literatura. Es en este último campo en donde el **Martín Fierro** se erige como arquetipo de argenti-

nidad. Este emblemático texto, producido por un miembro de la élite criolla, tuvo la particularidad de existir simultáneamente en la oralidad del público popular analfabeto y entre los letrados, quienes lo reconocieron —no sin controversia— como el hecho fundante de la literatura argentina. Las aventuras del gaucho **Martín Fierro** y los ecos que lo acompañaron cristalizan, además, un fenómeno cultural completamente original y duradero como es el criollismo en el Río de la Plata. No es extraño entonces que haya despertado el interés de los académicos. Entre las múltiples aproximaciones dedicadas a este fenómeno cultural se destacan, ya como clásico, el texto de Adolfo Prieto, aunque podríamos mencionar también a Halperín Donghi, Sarlo y Altamirano, así como Ludmer, entre otros. El libro de Adamovsky se inscribe en este campo de intereses, incorporando a una temática muy visitada una serie de interrogantes renovados. De las múltiples aristas que propone el libro nos centraremos en aquellas hipótesis y cuestiones metodológicas que, consideramos, dan cuenta de manera más acabada de los interrogantes que sustentan el estudio.

El autor se acerca a la cuestión del criollismo haciendo foco en el criollismo popular y en la figura del gaucho. Considera que se trata de una figura privilegiada para pensar el problema de la construcción de la nación, de la etnogénesis de un nosotros argentino, las tensiones y conflictos que este proceso implica y su proyección en la mediana duración. Como muy temprano demuestra Adamovsky, pensar a la nación a través del gaucho trajo consigo una multiplicidad de problemas.

Con esa hipótesis como guía, el libro incorpora una multiplicidad de elementos. Creemos que dos líneas de trabajo deben ser destacadas por lo incisivo de las preguntas que las orientan y por el abundante caudal de fuentes consideradas. En primer lugar, el lugar activo de los sectores populares dentro del fenómeno criollista; entendidos no simplemente como consumidores sino como productores de sentidos,



prácticas y narrativas autónomas que implicaron una apropiación muchas veces en contradicción con la apropiación “oficial” de la figura del gaucho. En segundo lugar, los distintos usos políticos de la figura del gaucho desde sus apariciones más tempranas en las guerras de independencia hasta la caída del gobierno de Juan D. Perón.

Retomando la hipótesis de Josefina Ludmer, Adamovsky piensa al criollismo como un punto de contacto entre el mundo letrado y plebeyo posibilitado por la temprana incorporación de las clases populares en la vida política a raíz de las guerras de independencia. Esta tensión entre lo plebeyo y lo letrado –que marcó el origen del género– será la clave explicativa que el autor propone para pensar las variaciones del criollismo a lo largo de los casi cien años que abarca el libro. Es por esta marca de nacimiento que, desde muy temprano, el autor detecta la existencia de dos arquetipos de gaucho. Por un lado, el gaucho matrero enfrentado a la autoridad y a los ricos, amigo de los indios, valiente e independiente. Imagen que circularía profusamente y con cierta autonomía entre los sectores populares en distintos formatos (folletín, circo criollo, carnaval, folklore, entre otros). Por otro lado, distingue los distintos intentos por parte del Estado nacional y los sectores letrados por domesticar a la figura del gaucho, generando un gaucho dócil, católico, respetuoso de las jerarquías. Una figura que, a partir de 1852, existe no en carne y hueso sino en el “espíritu” de la patria. La convivencia conflictiva de este intento de domesticación y su rebeldía, marcarían los devenires y contradicciones de la figura y, con ella, la del fenómeno de étnogenesis argentino. Esta identificación y problematización permite que la figura del gaucho adquiera una densidad nada despreciable.

Si bien el libro de Adamovsky dedica un capítulo a las operaciones que la elite letrada realiza sobre el gaucho, su interés está puesto en el universo del criollismo popular. Gracias a un corpus muy extenso y a la recopilación de un gran número de

trabajos especializados, el autor propone una reconstrucción del universo de historias de matreros, de su aparente gran circulación entre los sectores populares y de las formas en que las principales características de estas historias chocan con algunos de los puntos centrales del proyecto de nación que se intenta imponer luego de Caseros.

Este recorrido por el universo del criollismo popular comienza con una operación de restitución centrada en las temáticas y en las modalidades de circulación que adquiere el fenómeno a partir de la identificación de una serie de publicaciones, editores y tramas recurrentes que tuvieron, aparentemente, una gran circulación en el giro de siglo. Con este ejercicio, el autor busca demostrar la potencia del género entre los sectores populares. De esta extensiva labor resulta interesante destacar el volumen de material recopilado y la riqueza analítica que resulta del cruce de manifestaciones culturales diversas como son el teatro, el folletín, el folklore y las performances del carnaval, entre otros. En este punto sería interesante poder pensar cómo estas formas del criollismo popular interactúan o compiten con otros consumos culturales de gran circulación en el período estudiado tales como el teatro español, el fenómeno del tango (que es abordado de manera sumaria), propuestas editoriales apuntadas a los sectores populares como las colecciones de **Claridad** o la Biblioteca de **La Nación**, para citar algunos ejemplos. Esta pregunta permitiría contextualizar de manera más precisa el fenómeno, devolviéndole densidad al universo de los consumos populares en el período y complejizar, quizás, la aparente ubicuidad del fenómeno del criollismo popular.

Si bien esta labor es sumamente fructífera, aquello que realmente da densidad al texto proviene de las preguntas que el autor se propone responder a partir de este universo. Es aquí en donde, con mucha destreza, se incorporan interrogantes propios de la historia cultural y política, pensados

desde la larga duración. El criollismo interesa en la medida en que dice algo sobre las tensiones que atraviesan la construcción de un nosotros argentino, y el criollismo popular es fundamental para devolver la voz activa de los sectores populares en este proceso. De allí que, con mucho tino, se considere en el análisis de las manifestaciones culturales preguntas sobre la raza, la inmigración, la participación en la vida política y la construcción del estado nación. Para reconstruir la polifonía de voces e intereses que giran alrededor de los problemas planteados por el autor sería muy interesante visitar y complejizar las aproximaciones que, a la figura del gaucho, producen los sectores letrados identificando quizás solapamientos, prestamos, miradas antagónicas o incluso coincidencias.

Cuando analiza las manifestaciones del criollismo popular, el libro propone un arco temporal novedoso. A diferencia del clásico de Prieto, la datación que propone Adamovsky se extiende hasta la caída del gobierno peronista e incluso propone algunas continuidades a lo largo de casi todo el siglo XX. Este desplazamiento se sustenta en una gran cantidad de evidencia documental y en la lógica propia del objeto que el historiador logra construir.

En un carril paralelo al de la reconstrucción de los contenidos y modalidades de circulación del criollismo popular Adamovsky dedica gran parte de su libro a considerar los usos políticos de la figura del gaucho. Aquí también el arco temporal es amplio, abarcando desde los estallidos revolucionarios de mayo hasta el ascenso del peronismo. El autor pretende demostrar cómo la figura del gaucho ha sido utilizada por distintos espectros políticos para granjear simpatías populares y llamar a la movilización por la defensa de distintas causas. Adamovsky se encarga de demostrar que, a pesar de múltiples intentos en éste sentido por parte de distintas corrientes políticas, el gaucho fue un emblema que logró captar más adhesiones entre el federalismo, el rosismo y el peronismo –corrientes que identifica con

lo plebeyo. El autor demuestra el éxito que éstas corrientes políticas tuvieron a la hora de apropiarse de la figura del gaucho y, especialmente, durante el peronismo del Martín Fierro.

Además de atender a los usos que desde las élites políticas propiciaron del gaucho, Adamovsky retoma una de los objetivos metodológicos del libro, esto es: devolver la voz a los sectores populares. Al hacerlo incorpora elementos que devuelven una densidad considerable al fenómeno estudiado. A partir de la reconstrucción de una serie de trayectorias, el autor identifica aquellos usos y apropiaciones puramente populares de la figura del gaucho que, si bien pueden coincidir ideológicamente con las propuestas de sectores letrados, tienen fuentes y modalidades de circulación particulares. Muy interesante y arriesgado es aquí el rescate que el autor hace de la transmisión de memorias populares plebeyas y su aparente materialización en distintos productos culturales, consignas políticas y corrientes académicas.

En el abordaje de los usos políticos de la figura del gaucho, el autor resuelve de manera clara y prolija los intereses que parecen motivar el texto: el rescate de las voces plebeyas y su poder de agencia, y el análisis de la figura del gaucho como espacio de tensiones y disputas.

Ahora bien, sería muy rico que estas disputas entre sectores populares y letrados sean también leídas en el marco de aquella tensión entre espacios centrales y periféricos en la formación de la nación. Tratándose de una figura eminentemente rioplatense se vuelve interesante interrogarla en más profundidad sobre cuestiones vinculadas a la dimensión espacial y las tensiones entre Buenos Aires y el interior en el proceso de construcción del estado-nación. Si bien el autor inicia este camino, cabría preguntarse lo siguiente: ¿Cuál fue la extensión geográfica de este fenómeno en los diferentes momentos propuestos por Adamovsky? ¿Cómo dialoga esta figura con otras figuras plebeyas

que puedan aparecer? ¿Cuál es la cronología del proceso de expansión territorial de la figura del gaucho como emblema argentino? ¿En qué momento y a partir de qué mecanismos se produce la diferenciación del gaucho argentino de sus homónimos brasileño y uruguayo?

Valentina Cervi  
UNC-PHAC

---

*A propósito de Martín Ribadero, **Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)**, Buenos Aires, UNQUI, 2017, 328 pp.*

Con **Tiempo de profetas**, Martín Ribadero invita a sumergirse en el mundo de la “izquierda nacional”, y a recortar dentro de él, a los grupos en los que Jorge Abelardo Ramos actuó como centro productor de ideas e iniciativas político-culturales, y también de empresas políticas. Apelando a las herramientas de la historia intelectual, el autor reconstruye redes y trayectorias individuales y colectivas, ofreciendo a cada paso un minucioso análisis de los debates teórico-doctrinarios en los que los sucesivos grupos, y su mentor, se vieron involucrados. Así, el libro ilustra sobre sus primeras adscripciones en el ámbito del trotskismo de mediados de los años cuarenta y avanza hasta principios de los sesenta, cuando ya ha sido creado el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN).

Uno de los indudables aportes de **Tiempo de Profetas** consiste en su capacidad para mostrar cómo, en el recorrido de Ramos, la intensa actividad de escritura y las dotes de polemista se mantuvieron siempre ligadas a una infatigable tarea de editor. Con notable destreza, el autor nos lleva, por ejemplo, desde la conformación de su primer grupo y la publicación de la revista **Octubre**, en 1945, a su posterior relación y unificación —no exenta de diferencias y disputas programáticas y personales—

con quienes hacían **Frente Obrero**. En el seguimiento de éste y otros emprendimientos que le sucederán, además de reponer las ideas, Ribadero traza itinerarios, ubica controversias y observa como una de sus marcas la persistencia de lo que no duda en calificar como un cierto espíritu sectario.

Desde el punto de vista de la “matriz teórico-política”, el autor considera que los grupos vinculados con Ramos encontraron su punto de unificación en la centralidad otorgada a la “cuestión nacional” y en la búsqueda de articulación entre marxismo, antiimperialismo y latinoamericanismo, tópicos que junto con la interpretación del peronismo como “bonapartismo” habrían constituido los “cimientos discursivos”, y la impronta, que permitiría diferenciarlos de otros que le eran contiguos, por caso el de Rodolfo Puiggrós y su publicación **Clase Obrera**.

Ese punto de vista, y ese conjunto de ideas, habrían quedado claramente expuestos en **América Latina. Un país**, libro al que Ribadero califica como “ejercicio de imaginación histórica y sociológica” y portador de una serie de temas que luego pasarían a formar parte de la discusión de las izquierdas, cuando a fines de los cincuenta éstas ingresen en su etapa de debates y reconfiguración. En efecto, en ese libro de 1949, Ramos ya había instalado cuestiones tales como las de la relación entre elites y pueblo, el rol de los movimientos nacionales en la construcción de un futuro socialista, y la crítica a los partidos de izquierda —Socialista y Comunista—, a los que hizo plenamente responsables de que la clase obrera hubiese llegado a las vísperas del peronismo sin un “partido de clase”. Fue precisamente a esos partidos a los que dedicó algunos de sus más conocidos “conceptos injuria”, al acusarlos de haber abandonado la tradición latinoamericanista y antiimperialista y haberse aliado a los sectores liberales —tema éste que, además, le proporcionaría cierta audiencia en sectores nacionalistas y católicos.